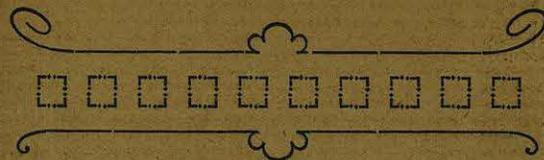


go de un museo secreto, donde pueda recrearse y saciarse toda curiosidad malsana, contemplando raras anomalías, degeneraciones y monstruosidades: casos de magia, sortilegio, hechicería, escenas de aquelarre, contorsiones de poseídos y endemoniados y supercherías de sacrílegas embaucadoras. Los retratos de los principales personajes corren parejas con el fondo sobre que se destacan: San Ignacio es el autor del *Manual del perfecto novelista* (esto se refiere á los *Ejercicios*); y Laynez, el consocio del santo, el campeón del Concilio Tridentino, es un pillastre genial. Y si el *Cid* de Corneille fué aplaudido, se debió á la tenebrosa conjura tramada por los españoles para extinguir el espíritu nacional de Francia ¡hasta en las letras!

Michelet carecía de verdadero entendimiento. Faltábale, dice muy bien Faguet, «ese olfato interior que advierte la proximidad de la tontería», lo cual es decir sutilmente que era tonto á ratos. Su pasión le impedía profesar el respeto á la verdad, del cual ni aun los historiadores parciales deben prescindir, y de espíritu crítico, como sabemos, no tenía ni asomos.

Así rodó Michelet los peldaños de la escala. Triste es el espectáculo de una imaginación atrofiada como la de Thiers, pero mil veces más triste el de una fantasía hipertrófica que ahoga á la razón y parodia, no el delirio sublime de la musa, sino la pesadilla del enfermo atacado de fiebre mortal.



X

La crítica bajo el Consulado y el Imperio.—Los "ideólogos".—El movimiento científico.

EN la rigurosa acepción de la palabra, y tal cual hoy la comprendemos (rebasando de lo *formal* y penetrando ó aspirando á penetrar hasta la esencia), la crítica literaria, en Francia, nació bajo el Consulado y tomó vuelos en un período de aridez, en que el brotar de las facultades creadoras parece ahogado por la acción violenta, la guerra, la conquista. Coincide, pues, el incremento de la crítica con la atonía de la invención; es la crítica otra fuerza gubernamental, y llega el momento en que Napoleón, desde su altura, ase lo que después se llamó *escalpelo*, y borrajea, con el laconismo

voluntarioso que caracteriza su estilo, el artículo contra la Staël.

Impulsada ó enfrenada por la potente mano que todo lo regía, la crítica tuvo dos fines: contener y reorganizar. No la veremos presentir el romanticismo, pero sí refrescar las memorias del áureo siglo XVII y levantar un pedestal á Racine, con objeto de arrasar el templo de Voltaire y Diderot y la obra de la Enciclopedia.

Coadyuva á este desarrollo de la crítica el ya definitivo establecimiento de la prensa periódica, afirmada como lo que realmente es, vista por ojos sagaces: resorte de estado, un arma de que disponen los poderes. La Revolución se había hecho sin prensa, al menos sin prensa *normal*: diarios libelos rabiosos, asimilables á arengas de club y á canciones callejeras, caracterizan á aquellos formidables años. Nacido del cataclismo el régimen nuevo, los periódicos se inundan de críticos; un estreno, una novelita, una traducción, un prólogo, un almanaque, son pretexto para llenar columnas. La acrimonia de las «guerras de pluma» del siglo XVIII se temple y cede el paso á formas más moderadas: en vez del puñetazo jacobino, la picadura de la avispa. Es la misma lid, son los «dos siglos armados para combatir» de Manzoni, pero con distintas y más corteses armas.

Conviene no olvidar el influjo de un hombre que, antes y después de la revolución, á través de semejantes vicisitudes y en medio de crisis morales profundas, primero *filósofo* y luego

penitente, sostuvo su cátedra literaria. Por su condición especial (acompañada de un juicio claro) la Harpe (1) es el tipo del crítico militante y profesional de quien se maldice, allí donde tres escritores se reúnen, y á quien todos quisieran, sin embargo, tener de su parte. Chiquitín, irascible, á la greña con los autores, satirizado, apaleado en la calle, silbado en el teatro, La Harpe fué quizás el último *bel esprit*, el postrer ingenio limitado, adobado, recortado, y, con todo eso, el primer *impresionista*, para quien, ante la emoción estética, son letra muerta reglas y leyes. El ídolo de su mocedad era Voltaire; la revelación de la belleza, en su vejez, Chateaubriand y *El Genio del cristianismo*.

Con frecuencia, la capa del crítico agresivo y reparón, género La Harpe, sirve de disfraz á un encomiasta ó detractor interesado. Á La Harpe es fuerza reconocerle la sinceridad en sus arremetidas y en sus panegíricos. No fué él ciertamente, fueron después los románticos quienes erigieron en doctrina la admiración incondicional. La Harpe, teniéndole por una deidad, corregía á Voltaire, y corrigió á Chateaubriand, ofreciéndose á señalarle los defectos del *Genio*, y dejando las bellezas tan sólo, convertirlo en obra perfectísima. Era por naturaleza catador y medidor, experto y contraste, como nuestro injustamente desdeñado

(1) Juan Francisco La Harpe. París, 1739-1803.

Hermosilla. Otro mérito de La Harpe es haber iniciado en su patria ese estilo crítico tan genuinamente francés, que instruye deleitando y que debe no poco al arte. Los amenos y doctos *Cursos* de literatura de La Harpe en el Liceo Marbeuf abrieron estela ya imborrable de enseñanza, de críticas, de folletones, de conferencias públicas. Llámese á esto vulgarización, tintura, lo que se quiera. De todos modos es cultura.

Al morir La Harpe, los críticos son legión. Observemos, sin embargo, que no podremos nombrar á ninguno cuya talla se acerque á la de los Taine y Sainte Beuve. Tampoco encontraremos al escritor de chispazos geniales en estética, al Diderot. La crítica es minuciosa, los críticos medianos, entendidos, hasta sabios y eruditos, pero de vuelo corto, y ni aun susceptibles del pertinaz apasionamiento literario de un La Harpe.

Más que el arte, en realidad, les importa la política, en la cual dejaron superior huella. No se han estrechado las distancias ni borrado los matices, y discuten desde su terreno, así los monárquicos del *Memorial* y *La Cuotidiana*, como los republicanos de la *Década*. El famoso *Journal des Débats*, «que habló cuando todos callaban», poseía brillante personal de redacción, en que descollaban el infatigable Geofroy, fundador de la crítica dramática, á quien tantos disgustos acarreó la *Zaira*, de Voltaire; censor insistente y duro, acusado hasta de venalidad por sus víctimas; enemigo jurado de

la tragedia «filosófica», y, en general, del siglo XVIII; el caballeroso Feletz, que representa en la crítica de entonces el buen tono y la delicada ironía, el clasicismo elegante, y que hasta por su enfermedad de la vista en los últimos años, sufrida con extraordinaria ecuanimidad, me recuerda á Valera; Hoffmann, escritor concienzudo y de independiente criterio, muy acertado en sus críticas de las novelas de Walter Scott, y otras bien cortadas plumas que hicieron del periódico una potencia, hasta el extremo de inquietar al vencedor de Europa. En el *Mercurio*—que contaba á Chateaubriand entre sus colaboradores— escribía Fieveé, muy importante personaje político, ingenio cáustico, á ratos novelista; Michaud, á quien conocemos como historiador, uno de los periodistas monárquicos más activos, y dotado de sutil discernimiento crítico (cuando le leían algo nuevo, era forma de crítica hasta su tos); Fontanes, poeta estimable, que creía (terror curioso en vísperas de la explosión poética y lírica del Romanticismo!) que todos los versos «estaban hechos ya», y sólo confiaba para la renovación literaria en la prosa—siendo su ídolo, en lo pasado, Racine, en lo presente, Chateaubriand—, y objeto de su antipatía y blanco de su malicia, el britanismo y el germanismo de la autora de *Alemanía*. De Fontanes, como de Fieveé, puede afirmarse que hubiesen sido más literatos á no absorberles la preocupación política, dominante entonces en lo que parece estrictamente

literario. El Emperador se captaba á los escritores, para utilizarles; hasta la Restauración no asoma, en las esferas del poder, noción de respeto á los fines propios del arte y las letras.

La crítica del Imperio estaba, además, vendada, como los Cupidos de las alegorías, pues suponía que la batalla era entre la Enciclopedia y el «espíritu nuevo» religioso, todavía semiclásico en el joven emigrado bretón que representaba la inquietud genial. Feletz proclamaba abiertamente el reinado de la crítica como corolario del orden restablecido y la autoridad consolidada, sin presentir que en la crítica tronaría pronto el anárquico verbo del romanticismo. Declaraba Feletz, en su discurso de entrada en la Academia, que la crítica era «un curso de principios literarios, filosóficos, religiosos y morales», y tenía el cargo de adoc-trinar una generación nueva, la cual, durante la tempestad revolucionaria, «había olvidado todo, sin que nada aprendiese». No cabe revelar más claramente la aspiración *social*—, pero iban á venir los antisociales románticos.

Contra estas tendencias á la reorganización estética y filosófica, saltando el siglo XVIII, se sostuvo un núcleo que continuaba la tradición de ese siglo, una cohorte refugiada en varios salones ó tertulias intelectuales, el grupo de los que bautizó el Emperador, á quien molestaban infinito, con el nombre de *ideólogos*. No cabe prescindir, en la historia literaria, de recordar á este grupo, aunque en él escaseasen los literatos propiamente dichos, cuanto abun-

daban los sabios y los pensadores. Según observa, con su penetración acostumbrada, Brunetière, si el movimiento literario que se inicia va á desenvolverse, no sólo fuera, sino contra las tendencias del grupo, la literatura y la estética que han de suceder al romanticismo y prevalecer desde mediados del siglo XIX acá, del grupo arrancan. Los *ideólogos* son precursores de la crítica y la novela experimental, del positivismo y las doctrinas evolucionistas aplicadas al arte.

Del romanticismo eran enemigos natos aquellos rezagados de la Enciclopedia, reunidos en casa de la marquesa de Condorcet y de su hermana la viuda de Cabanis. Partidarios de Voltaire y de Alembert contra la influencia de Rousseau, tan decisivamente romántica, nadie, ni aun los severos censores del *Journal des Débats*, podía mirar con menos indulgencia á René y aun á Corina. En Chateaubriand les importunaba el neo-cristiano; en la Staël, la exploradora que descubría y ensalzaba una mentalidad tan opuesta á la de Voltaire y su escuela como la mentalidad alemana y anglosajona. Contábanse entre los ideólogos, Saint-Lambert, «espíritu frío, hueco y vano», ya viejo entonces y entregado á los goces de la mesa; el abate Siéyes, temprano impugnador de Rousseau, demoleedor profundo, obrero de igualdad, inventor de una razonada teoría de arte social, aquel que bajo el Terror resolvió el problema de *existir*, y que calificaba á Francia «de nación de monos con laringe de cotorras»

y á Chateaubriand de «sacamuelas». (Notemos de paso que la impresión producida por Chateaubriand puede servir en aquélla época para medir y pesar opiniones. A quien Chateaubriand le parecía un sacamuelas, no podía arrastrarle la corriente romántica.) Otro resuelto impugnador de Chateaubriand, dentro del grupo, fué Guinguené, que le conocía mucho y habia platicado con él largo y tendido; en cambio tributó á la Staël plena justicia y la defendió de los brutales ataques que *Delfina* suscitaba.

No olvidemos á Laromiguière; en él encontramos la gran influencia filosófica que domina al grupo, el sensualismo más ó menos mitigado, imperante bajo la Revolución. No es Laromiguière, último discípulo de Condillac, el único de los ideólogos que merecería detenido estudio, si aquí cupiese. Laromiguière, profesando y escribiendo, supo desenvolver, corrigiéndolos, los principios de Condillac, de un modo que arrancó á Victor Cousin el párrafo más entusiasta, acerca del encanto de su estilo y la atractiva lucidez de su explicación. «Muchos, al escucharle, creían que su cerebro se abría á la luz por primera vez.»

Y aunque pudiésemos limitarnos á nombrar como de paso á otros ideólogos, á De Gerando el experimentalista, á Garat, á Daunou—secretario póstumo de un siglo—, al mismo Maine de Biran, que pasó por el grupo y después se apartó de él afirmando su propia originalidad, buscándose á sí mismo, ¿cómo resistir

al deseo de recordar un instante, al lado de las salientes personalidades intelectuales de Destutt Tracy y Cabanis, una figura literaria no diré que tan eminente, pero tan característica y reveladora como la de Volney?

Adviértase ante todo que Cabanis, procedente de Diderot, es el primero en quien vemos claramente la influencia que sobre el movimiento literario estaba destinado á ejercer el científico; en él madura esta influencia, por medio de Stendhal, que fué ahijado intelectual suyo y de Destutt Tracy; y obsérvese cómo, merced á esta dirección que prematuramente siguió Stendhal, un escritor contemporáneo de Chateaubriand no parece sino que está vivo y disfruta aquella gloria póstuma y tardía que él se vaticinó á sí propio. Y es caso singular, pues aparte del contacto establecido por el autor de *La Cartuja de Parma* entre el pasado y el porvenir, no hay esferas que parezcan más divergentes que las del arte y la ciencia en la primera mitad del siglo.

Grande amigo y correligionario en filosofía de Cabanis fué, asimismo, Volney, célebre entre los devotos asustadizos y los impíos baratos. ¿Quién no conoce de nombre, aunque no las haya visto, *Las ruinas de Palmira*? Lo que pocos recuerdan ya, si llegaron á enterarse, es que el autor de esa novela fastidiosa, que hace juego con los canapés rematados por cabezas de esfinge, los relojes de sobremesa mitológicos, y cuyas huellas he encontrado hasta en países de abanico—era un lingüista, un

cronologista, un orientalista, un sabio, en suma, recriado á la sombra del barón de Holbach y en la tertulia de la esposa de Helvecio—. En sus venas corría, pues, la negación, y dentro de su alma no podían producirse esas efusiones que en otros exégetas también negadores—por ejemplo, un Renan—son el desquite y la victoria del sentimiento y de la poesía religiosa. En la cola del romanticismo cabe Renan, pero entre sus precursores nunca cabría Volney.

El fué quien inició la serie de los viajes á Oriente; precedió en Egipto y Siria á los ejércitos de Bonaparte, en Palestina á los altos personajes románticos, como Lamartine, á los piadosos peregrinos de neo-cristianismo, con espíritu bien diferente; para encontrar, no emociones ni reliquias, sino—como Dupuis, como Destutt Tracy—*el origen de todos los cultos*, y confundirlos en una sola superstición. En sus *Viajes* se advierten la sequedad y la concisión preconizadas por Stendhal; en las *Ruinas*, el estilo enfático del arte *Imperio...*, aunque el Imperio, cuando aparecieron las *Ruinas*, andaba lejos aún. Si Volney viene á cuento aquí, es por lo significativo de su papel, adverso á lo que fermenta en las entrañas de la literatura. Como todo el grupo de los ideólogos, fué Volney decidido impugnador de Rousseau, y uno de los que con más sensatez atacaron sus utopías sobre el estado de naturaleza. También Rousseau sirve de piedra de toque para discernir la repulsión al romanticismo (fenómeno más universal

en los espíritus cultos de lo que se creería mirando desde lejos, producido por causas que radican en lo interior de la nacionalidad, la raza y la historia, y que explican lo efímero del triunfo romántico).

Testimonio convincente de lo que afirmo, de esta instintiva repugnancia hacia el romanticismo, aun antes de que le caracterizasen exageraciones y extravagancias que alarman á los cautos y divierten á los zumbones, lo hallaríamos en la opinión de hombre tan competente como Pablo Luis Courier, el célebre *panflelista*. No cabe ser menos admirador de la grey de los escritores *elocuentes* que iba á resucitar con Chateaubriand, que el que decía: «Desde el reinado de Luis XIV no se ha vuelto á escribir en francés... Cualquier mujercilla de entonces sabe más de eso que los Juan Jacobo, los Diderot, los d'Alembert y sus contemporáneos y sucesores. No valen nada, no existen en cuanto hablistas » Ante el inquieto hervor y el fresco germinar de los nuevos ideales; ante la musa de Chateaubriand; ante los versos de Lamartine, Pablo Luis Courier escribió impávido: «Nuestro siglo carece, no de lectores, sino de autores.» «No hay cinco en Europa que sepan el griego, pero hay menos aún que sepan el francés.»

A despecho de los que creen que un idioma al llegar á cierto grado de perfección se ha de cuajar en mármol y bronce, y cuando todavía Víctor Hugo no pensaba en lanzar su famosa diatriba contra la aristocracia de las palabras y

los privilegios y castas en el lenguaje, alborotaba el cotarro la *Neología* de Mercier, y estaba realizándose la obra desamortizadora del idioma—no sin protestas, escándalo y aficción de los puristas. La Revolución, que se atrevió con todo, se atrevió también al lenguaje, introdujo palabras nuevas y crudas y sanguinarias, y entre escorias y barro sembró flores, como, por ejemplo, los nombres de los meses en el calendario republicano. Lo que Mercier y Dommergue quisieron realizar de un modo reflexivo y sistemático—romper los moldes clásicos del idioma—, hízolo por instinto genial Chateaubriand. Innovador en algo que va más allá del vocablo y del giro, que llega á lo hondo—innovador porque llevaba en sí la oculta raíz de la transformación, la raíz romántica—. Chateaubriand saltó por cima de leyes y preceptos, gramática y estilo, conveniencias y costumbres, horripilando á los hablistas conservadores. Guinguené, Morellet, Hoffmam, se velaron la faz; Geoffroy exclamaba: «Los vándalos del idioma son los escritores», mientras La Harpe, alarmado, pero subyugado, aplaudía.

Lejos de la liza; sin que se otorgase á su obra ese tributo de curiosidad que suscitan los debates literarios, los hombres de ciencia avanzaban, sin sospechar que su labor envolvía el porvenir del arte. También el movimiento científico revestía desde el Imperio caracteres distintos de los que presentaba en el siglo XVIII. En éste, bajo la gloriosa dictadura de Newton, florecieron preferentemente las mate-

máticas, la geometría, la astronomía; el XIX descendió de los espacios y las abstracciones á lo concreto, lo humano, lo terrestre; prosperaron los estudios que tocan al problema de la vida: química, física, paleontología, geología, fisiología, psiquiatría, biología, antropología, y con el mismo carácter práctico, las ciencias morales y políticas, precursoras del gran movimiento sociológico, entrelazadas aún con la utopía, pero ya tanteando para encontrar el suelo firme de la experiencia. ¿Cómo extrañar que la ciencia propendiese á hacerse de especulativa, práctica y aplicable? Había que bajar de las nubes; los acontecimientos apremiaban; las guerras comenzaban á fundarse en lo científico. Desde la Revolución fué preciso estudiar é inventar para que la nación se defendiese; se inventó el telégrafo aéreo, la aerostación militar, se perfeccionaron los sistemas de fabricación del acero y la pólvora; el cálculo y la geometría se aplicaron á la estrategia y la táctica.

Siempre que consideremos la labor de Francia en cualquier ramo, tenemos que rendir homenaje á este gran pueblo, lamentando doblemente la desorientación que sufre. Más que nunca, si atendemos al impulso y desenvolvimiento brillante de su actividad científica, antes estimulada que contrariada, al parecer, por tantos trastornos y vicisitudes políticas y sociales. Los nombres que solemos repetir los extranjeros y que juzgamos influyentes son los literarios, olvidando á la falange científi-

ca, cuyo ascendiente sufrimos, sin embargo, cuyos beneficios disfrutamos, cuya acción es decisiva hasta para los artistas y pensadores. Laplace y su *sistema del mundo*; Gay Lussac, aislando los cuerpos simples; Larrey, con sus aplicaciones del galvanismo; Bichat, ahondando la histología; los atrevidos exploradores de Africa, América y Oceanía; los Bory de Saint-Vincent; los Levaillant—para no citar á los utilísimos secundarios—; los Lacepède, Lamarck, Geoffroy y Saint-Hilaire, Cuvier... Quien trate de explicarse cómo, á pesar de bien probadas semejanzas y afinidades etnográficas y psíquicas, nos hemos quedado tan atrás de Francia, analice el movimiento científico, más aún que el artístico y literario. Una generación de sabios no brota sino en suelo preparado, cultivadísimo.

La ciencia se aprestaba á invadir, ya directamente, los dominios del arte. La erudición histórica, la historia literaria, hermana de la crítica, desamortizada y arrancada de la pacífica celda de los benedictinos, se difundía en las cátedras, en el libro y hasta en la prensa; las *Revistas* no tardarían en ser institución. Abrían ya los estudios de orientalismo y egiptología vastos horizontes; se revelaban el sánscrito, la escritura geroglífica, los poemas indios; se estudiaba la Edad Media, las fuentes poéticas, los orígenes del idioma, su verde frondosidad de selva gala.—La imaginación recibe á la vez freno y acicate. Nadie calcula que la fuerza de estas corrientes arrastrará al siglo

entero y subyugará á la estética también, y que concepciones enteras del arte, sistemas de crítica acerados y vigorosos, Balzac, Flaubert, Taine, el naturalismo, los parnasianos, procederán, no ya de la emoción lírica, sino de la dirección científica.

